

La India de Octavio Paz¹

Fabienne Bradu*

Para muchos de nosotros, amigos y lectores de Octavio Paz, la India es un país que primero descubrimos en la obra del poeta. Y si hoy seguimos atraídos y fascinados por este subcontinente, gran parte de la culpa la tiene Octavio Paz.

Su estancia en la India fue "una educación sentimental, artística y espiritual", dice él en *Vislumbres de la India*. "Su influencia puede verse en mis poemas, en mis escritos en prosa y en mi vida misma". Más que una influencia libresca, la India selló su vida hasta tal punto que no vaciló en escribir: "Fue un segundo nacimiento". Conjunción del azar y del destino, la fórmula sintetiza la visión que tiene Paz de su propia vida, de la creación poética y de ciertos resortes de la historia, así como nombra el lugar donde, más que ningún otro, se le ofreció la conjunción que indistintamente expresa como "reconciliación" (*El mono gramático*) o renacimiento (*Vislumbres de la India*). "Fue un periodo dichoso [recapitula a más de 40 años de distancia] sobre todo, allá encontré a la que hoy es mi mujer, Marie-Jo, y allá me casé con ella". Pero antes de ahondar en el balance final, la gran suma de experiencias vitales y poéticas, rehagamos, junto con Paz, sus primeros pasos por la India en una madrugada de noviembre de 1951, poco después de que el *Battery* atracara frente al puerto de Bombay.

En efecto, 11 años antes de la estancia decisiva como embajador de México, Octavio Paz se asomó durante unos meses (1951-1952) al vértigo de mundo que la "madre India" descubre a los ojos del visitante, como un vislumbre del caos original y como si una civilización pudiera ser todavía la vulva abierta del cosmos. Octavio Paz venía de París, "una ciudad en donde la medida rige con el mismo imperio, suave e inquebrantable, los excesos del cuerpo y los de la cabeza". Aunque allí su trato más asiduo hubiese sido con los surrealistas, únicos sobrevivientes de la imaginación libertaria entre la intelectualidad sartreana y estalinista de la posguerra, Paz arribaba de un mundo de

medida, de ordenada transparencia y de geometrías haussmanianas. En el preámbulo de *Vislumbres de la India*, Octavio Paz se empeña en recrear su primer día en Bombay a partir de una enumeración caótica: una pura acumulación de imágenes en párrafos apretados y espaciados entre sí por unos blancos que semejan vacíos de pensamiento, una suspensión de toda tentativa de reflexión sistemática, que calcan de manera inmejorable el primer contacto de un extranjero con la India. Cuando la primera noche se cerró sobre el hervidero de visiones, Paz le pidió amparo a un árbol para recapitular los sucesos del día:

Me senté al pie de un gran árbol, estatua de la noche, e intenté hacer un resumen de lo que había visto, oído, olido y sentido: mareo, horror, estupor, asombro, alegría, entusiasmo, náuseas, invencible atracción. ¿Qué me atraía? Era difícil responder: *Human kind cannot bear much reality*. Sí, el exceso de realidad se vuelve irrealidad pero esa irrealidad se había convertido para mí en un súbito balcón desde el que me asomaba ¿hacia qué? Hacia lo que está más allá y que todavía no tiene nombre.

Es asombroso cómo, desde el recuento del primer día, Paz anticipa algunos de los temas esenciales de su poesía contemporánea del periodo hindú: la interpelación de todos los sentidos para aprehender el mundo —"le dérèglement de tous les sens" que pretendía Rimbaud— y que, poco a poco, sobre todo en la segunda y prolongada estancia, lo conducirá a una afortunada fusión entre el yo y la naturaleza; estrechar, hasta lo imposible, la distancia entre las palabras y las cosas; el exceso de realidad que, tras el aparente caos y una primera sensación de extrañeza extrema, comienza a hacerle intuir que su percepción desbordará los cauces de la razón y del conocimiento, y lo llevará hasta el ojo de un huracán donde las dualidades violentamente contrastadas se aniquilan y los tiempos coinciden en uno solo: el presente perpetuo de la poesía.

También se advierte que, desde ese primer día, y diría de un modo inconsciente o intuitivo, Paz pide amparo a

* Doctora en letras romances por la Universidad de París. Investigadora del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM desde 1979. Texto leído en un homenaje a Octavio Paz en el Museo de Arte Moderno de Nueva Delhi, en octubre de 2002.

los árboles de la India. Años después, en "Cuento de dos jardines", la misma petición se precisa: "Nosotros le pedimos al *nim* que nos casara". Recordemos asimismo "La higuera religiosa" o un singular y breve poema de *Ladera este*: "Dónde sin quién", que encierra una pequeña clave y constituye, sin duda, uno de sus más bellos poemas de amor. Paz lo escribe después de la partida de Marie-José de la India y antes de reencontrarla en el milagroso cruce de dos calles parisienses. Dice el poema:

No hay
ni un alma entre los árboles
Y yo
No sé adónde me he ido

Como suele suceder en la obra de Paz, el relato autobiográfico se disemina y se disimula entre la maleza ajena. Así, en un comentario sobre la poesía de Henri Michaux, se esconde una confesión que escapa del gran recuento de la India. Paz cuenta:

Experimenté una sensación parecida (la visión del caos), aunque mucho menos intensa y que afectó sólo a las capas superficiales de mi conciencia, en el gran verano de la India, durante mi primera visita, en 1952. Caído en la gran boca jadeante, el universo me pareció una inmensa, múltiple fornicación. Vislumbré entonces el significado de la arquitectura de Konarak y del ascetismo erótico. La visión del caos es una suerte de baño ritual, una regeneración por la inmersión en la fuente original, verdadero regreso a la vida anterior.

La India toma por asalto al viajero, incluso al más letrado y conocedor de sus tradiciones, y nadie puede sustraerse al golpe de Estado que significan estos vislumbres del caos. Uno cree que no entiende nada cuando, en realidad, apenas se comienza a entenderlo todo, quizá a recordar lo que siempre se supo y se ha olvidado.

Del primer y breve periodo en la India atestiguan los poemas "Mutra" y "El balcón". Acerca del primero, Paz puntualizó en 1995: "Lo escribí para defenderme de la tentación metafísica de la India". Y junto con "Vrindaban", de 1963, asegura Paz: "Ambos poemas son la expresión instintiva y defensiva del moderno activismo occidental". No parece casual que una de sus primeras impresiones de la India se cifre en el título "El balcón". Paz todavía percibe y describe Delhi -"Dos sílabas altas / rodeadas de arena e insomnio"- desde la balastrada del balcón, es decir, des-

de una altura distante. Introduce, en boca del poeta chino Lin-Yu, una extraña advertencia: "No te apoyes, / si estás solo, contra la balastrada", que quiero leer como una premonición en el sentido más amplio de la poesía visionaria, como Novalis le pedía que fuera a la verdadera poesía. Paz tenía que esperar la aparición del amor, la presencia encarnada de la semejanza entre poesía y amor, para aventurarse en una inmersión irrestricta en el mundo de la India. "Algo se prepara", escribía el poeta en una fría noche de París; una puerta estaba a punto de abrirse y él sabía que la única puerta que permite la reconciliación o el renacimiento es la del amor. Cuando habla de la escultura clásica de la India como un "predominio de las curvas y las ondulaciones. Irradiación carnal pero habitada, por decirlo así, por una indefinible espiritualidad. Estatuas que son de este mundo y del otro", también habla de su propio tránsito por el cruce único, vertiginoso e irreplicable entre erotismo y espiritualidad. Hacia el final de su vida, le dedicó un largo ensayo: *La llama doble*, pero el germen y la floración tuvieron lugar en los días de la India, durante la estación violenta.

Cabría detenerse un poco sobre esta experiencia de la espiritualidad y la declarada "defensa contra la metafísica de la India". Para no confundir la espiritualidad de Paz con alguna forma de religión o religiosidad que nunca abrazó, podría recordarse un comentario que, a propósito de otro poeta, parece resumir su convicción profunda:

La experiencia divina es participación en un infinito que es medida y ritmo. Fatalmente vienen a los labios las palabras agua, música, luz, gran espacio abierto, resonante. El yo desaparece pero en el hueco que ha dejado no se instala otro Yo. Ningún dios sino lo divino. Ninguna fe sino el sentimiento anterior que sustenta a toda fe, a toda esperanza.

A mi juicio, estas palabras son las que más se reiteran en los poemas de *Ladera este* y también son las que guían el camino reflexivo que sube a Galta en *El mono gramático*. Hay un momento en la evocación de Galta en que Paz acota: "Las cosas parecen más quietas bajo esta luz sin peso y que, sin embargo, agobia. Tal vez la palabra no es *quietud* sino *persistencia*: las cosas persisten bajo la humillación de la luz. Y la luz persiste. Las cosas son más cosas, todo está empeñado en ser, nada más en ser". Paz dice, años después, que *Vislumbres de la India* es "una tentativa por responder a la pregunta que hace la India a todo aquel que la visita". Nunca explicita cuál es la pregunta, pero por lo que sucede en Galta, y por la observación de las cosas empeñadas en

ser, nada más en ser, podemos colegir que la pregunta va más allá del occidental ¿quién soy? y se reduce a un simple y más complejo ¿soy?

La espiritualidad de Paz se arraiga en el exceso de realidad que Galta le revela aquella tarde, a la luz de las seis de la tarde, un día cualquiera entre el "pellejo de piedras" y la "montaña sarnosa". Un poco más adelante, va precisando la visión y el instante:

Todo resplandece: las bestias, las gentes, los árboles, las piedras, las inmundicias. Un resplandor sin violencia y que pacta con las sombras y sus repliegues. Alianza de las claridades, templanza pensativa: los objetos se animan secretamente, emiten llamadas, responden a las llamadas, no se mueven y vibran, están vivos con una vida distinta de la vida. Pausa universal: respiro el aire, olor acre de estiércol quemado, olor de incienso y podredumbre. Me planto en este momento de inmovilidad: la hora es un bloque de tiempo puro.

Así vemos cuán lejos está Paz del vuelo metafísico, entre caricaturesco y colorido, vaporoso y florido, que los hippies de su tiempo fueron a buscar a la India. La verdadera espiritualidad de la India no consiste en una fuga de la realidad, sino en su revelación por el exceso; no reside en un chapuceo de metafísicas manoseadas por las modas y los malestares de la civilización occidental, sino en una viva relación cotidiana de su pueblo con un cosmos concreto. Cuando Paz habla de la experiencia de lo divino como "ninguna fe sino el sentimiento anterior que sustenta a toda fe, a toda esperanza", esto mismo lo observa en los peregrinos que se aparecen aquella tarde en Galta: "Alegría de la confianza: se sentían como niños entre las manos de fuerzas infinitamente poderosas e infinitamente benévolas". Es, a mi criterio, una de las expresiones más atinadas y perspicaces de la espiritualidad que se advierte entre los habitantes de la India.

La realidad que releva la poesía y que aparece detrás del lenguaje [reflexiona Paz en *El mono gramático*] es literalmente insostenible y enloquecedora [...] Es la percepción necesariamente momentánea (no resistiríamos más) del mundo sin medida que un día abandonamos y al que volvemos al morir.

En esto consiste, para mí, la gran revelación espiritual y poética que la India significó para Octavio Paz. Si bien esta búsqueda había estado presente desde los inicios de su

poesía y su reflexión ensayística, la India le descubrió el palpable ritmo del infinito, que es el que sentimos latir en toda su producción poética de la época y que culmina en *Blanco*. "Cada uno tiene el infinito que merece [afirma Paz en otra ocasión]. Pero ese mérito no se mide con nuestras medidas."

Al mencionar estas palabras, no puedo dejar de recordar la ironía con que el entonces secretario de Relaciones Exteriores de México, Manuel Tello, le propuso el puesto de embajador en la India. Cuenta el propio Paz en *Itinerario*: "Manuel Tello lo hizo con cierta abrupta franqueza y en estos términos: 'No le puedo ofrecer nada sino la India. Tal vez usted aspire a más pero, teniendo en cuenta sus antecedentes, espero que lo acepte'". Por más que Paz asegure que no hay mérito capaz de sancionar el infinito que cada cual alcanza, quiero ver en la humildad y el entusiasmo con que aceptó el cargo, una señal de lo que le sería deparado en materia poética y personal. Una embajada modesta, entonces deslucida, a cambio de un reino donde, como aseguró André Breton, "es verdad que el más allá, todo el más allá está en esta vida", toda la maravilla está en este mundo.

Para comprobar que la India selló su vida hasta el fin de sus días, quisiera concluir con la lectura de uno de los últimos poemas que Paz escribió. Ahora forma parte de un volumen póstumo, *Figuras y figuraciones* (1999), que reúne algunos collages de Marie-José Paz y poemas alusivos, compuestos para la ocasión por su marido. Se titula, precisamente, "La India":

Estas letras y líneas sinuosas
Que en el papel se enlazan y separan
Como sobre la palma de una mano
¿Son la India?

Y la pata de metal leonado
—forjado por el sol, enfiado por la luna—
su garra que oprime una dura bola de vidrio
y la esfera iridiscente
donde arden y brillan los millares de velas
que, cada noche, los devotos
lanzan a navegar por lagos y por ríos:
¿son una profecía, un acertijo,
la memoria de un encuentro,
los signos dispersos de un destino?

—Son el cetro del azar.
Lo dejó, al pie del árbol del tiempo,
El rey de este mundo. ←